



POR UNA CIEGA LEY DEL CORAZÓN
ANTOLOGÍA POÉTICA





Francisco Brines

**POR UNA CIEGA LEY
DEL CORAZÓN
ANTOLOGÍA POÉTICA**

SELECCIÓN Y PRÓLOGO
VICENTE GALLEGO

FOTOGRAFÍAS
SARA ESTEBAN



institutió
alfons el magnànim
centre valencià
d'estudis i d'investigació

VALÈNCIA 2022



COLECCIÓN POESIA MAGNÀNIM

Dirigida por Vicent Berenguer

Viñeta de la cubierta:
Xilografía renacentista con motivos florales

Primera edición: octubre 2022

- © 2022, de las fotografías: Sara Esteban
- © 2022, de la selección y el prólogo: Vicente Gallego Barredo
- © 2022, Fundación Francisco Brines
- © 2022, de la presente edición:
Institució Alfons el Magnànim
Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació
Diputació de València
Corona, 36 — 46003 València
Tel. + 34 963 883 169
magnanim@dival.es
www.alfonselmagnanim.net

MADE AND PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-7822-021-2

DEPÓSITO LEGAL: V. 1972-2022

Maquetación: ESTUDIO GRÁFICO QUINTO A

Impresión:  IMPREMTA
DIPUTACIÓ DE VALENCIA



PRÓLOGO

FRANCISCO BRINES, *LA VOCACIÓN CUMPLIDA*

Sobre el sentido de esta antología

No todos los grandes poetas son reconocidos en vida por la crítica y los lectores de manera unánime. Afortunadamente, la obra de Brines gozó de la más alta estima de ambos muy temprano, y finalmente fue distinguida con el Premio Cervantes. Dispone así el lector de una multitud de antologías que recogen su itinerario abarcando el amplio alcance de sus intereses. Brines es un poeta elegíaco, aunque también, consecuentemente, celebró la belleza del mundo, y así podría suscribir aquel verso de su amigo César Simón: «Todas mis elegías fueron himnos». Sus poemas se aventuran, con la gran tradición grecolatina al fondo, por las íntimas sendas del dominio erótico, practicó el monólogo dramático, dio cabida en sus versos a motivos histórico-artísticos y metafísicos, dejó en ellos noticia de su pasión viajera, fue un poeta amoroso de primer orden, y llegó a realizar elegantes



incursiones en la sátira, todo ello incardinado en el asunto de fondo de su pesquisa lírica, que fue la meditación sobre el misterio del tiempo fugitivo y de la muerte.

Aunque no haya sido señalado por la crítica con tanta insistencia como su carácter elegíaco, sentimos que es el amor por lo creado el que ilumina el espacio interior de su escritura, amor incondicional por los dones recibidos, que a la vez es dolorosamente consciente de su caducidad. Paco ha declarado en innumerables ocasiones que a la vida hay que amarla tal como es, con sus penas y sus alegrías, siendo generosos con ella como sólo ella sabe serlo con nosotros cuando nos colma de regalos. Y esto nos lleva a referirnos a otra de las grandes constantes en su poesía: el pasmo ante el milagro luminoso de la naturaleza, el profundo afecto por la tierra que lo vio nacer, pero también por el ancho mundo.

La obra poética completa de Brines es susceptible de ser leída, según temperamentos, en clave elegíaca o amorosa, pues se canta en ella la pérdida de lo amado y gozado. Ahora bien, lo que no puede discutirse es esa calidad enamorada de su palabra, esa unción ante el hecho del canto con que el poeta se pronuncia. No hay nunca vana queja en su lamento sostenido, porque una cosa es quejarse y otra dolerse silenciosamente. Pero en este dolerse de tantos versos suyos está siempre presente la gratitud por lo



vivido, latiendo en cada estrofa, por detrás de cada duda, quebranto o desengaño. Brines no es así un poeta de la decepción, sino —a la más fina manera barroca, pero con espíritu más sobrio— un poeta del desengaño, de la lucidez, que jamás puede excluir el sentimiento de gratitud sin preterir la vivencia totalizadora de lo humano. Dos de los títulos de sus poemas establecen y armonizan esta dicotomía más aparente que real: *Declaración de amor en Elca* y *Lamento en Elca*, pues el lamento es justo privilegio del que amó y se ve desposeído del objeto de sus amores, y no por causa que hubiese podido tener remedio, sino debido a la naturaleza misma del tiempo. Esta evidencia metafísica, muy pronto sentida por él en lo más honesto de su inteligencia, en su centro afectivo, mantuvo a Brines sanamente alejado, como hombre y como poeta, de la desesperación y de la amargura, pues su nihilismo no es de corte cioraniano, sino epicúreo. La rebelión ante la naturaleza de las cosas encierra el verdadero sufrimiento, pero lo que encontramos en esta poesía no es resistencia, no es un talante de tipo reaccionario, sino serena aceptación, más todavía, acuerdo emocionado con la necesidad universal de la vida y de la muerte. No existe don más alto que la mirada cuando ella es amorosa, porque entonces el mundo vano puede ser «una bella verdad», tal como lo fue para el poeta al contemplarlo a través de los ojos todavía inocentes de la niñez y los entusiastas de la juventud.



Teniendo presente que será el sentimiento amoroso más acendrado el que todo lo impregne y dignifique en su escritura, logrando así que los versos vibren en tan alta frecuencia, hemos querido titular esta antología atendiendo a la dimensión radiante de su poesía, la cual creemos que queda bellamente expresada en uno de sus versos emblemáticos, que además resume su manera de vivir y de escribir: «Por una ciega ley del corazón».

Muy temprano, en el poema que abre *Palabras a la oscuridad*, escribe: «Ama la tierra el hombre / con gran fuerza / por una ciega ley del corazón», y este amor poderoso, salvífico incluso, constituye, junto a su exaltación de raíz pagana de los placeres carnales, uno de los motivos troncales de su canto de agradecimiento. La totalidad de su obra está empapada de ese sentimiento profundo de lo mediterráneo. El mar respira siempre al fondo, los naranjos y pinos quisieran entrarse en sus templadas aguas bajo el cielo clarísimo y azul, bajan por las laderas de los montes, pueblan luego los valles y nos llevan con ellos camino de nuestro bien:

Porque todo va al mar:
y el hombre mira el cielo
que oscurece, la tierra
que su amor reconoce,
y siente el corazón
latir. Camina al mar,
porque todo va al mar.



Quisiéramos así recoger en esta antología —con alguna excepción que nos parece casi obligatoria— la parte de su obra en que mejor queda reflejado este sentimiento de amor por la naturaleza. Como hemos dicho, muchas otras tiene el lector a su disposición donde se contempla su obra incluyendo toda la riqueza de sus aspectos. El gran poeta es siempre muchos a la vez, puesto que en él alienta ese *drama em gente* que encarnó Pessoa, al que Paco tenía por uno de los imprescindibles. Proponemos, pues, un sesgo en la lectura de su poesía que la presenta renovada al centrarse en uno de sus rasgos. Ahora bien, al tratarse de un sentir que impregna por entero su manera de estar en el mundo y de celebrarlo, veremos que este sesgo en la elección de los textos no nos presenta una imagen desdibujada de su obra, sino que pone en primer plano la esencia misma de su poesía. Ya su primer libro, *Las brasas*, rezuma monte, luz, mar y campos, y la casa cobra en él el rango de *axis mundi*, pues representa al tiempo el abrigo material de la finca de Elca y el espacio interior desde el que se expresa la conciencia, lugar universal de comunión. El propio poeta subraya la importancia que en su poesía ocupa la serena contemplación de la naturaleza, oigámoslo: «Se observa en mi poesía que el entorno urbano ha ido adquiriendo mayor fuerza cada vez, como corresponde a un hombre que habita en la ciudad, pero no por ello ha disminuido la importancia que siempre ha tenido en mi obra la contemplación



de la naturaleza. Hay en ella un lugar que aparece sin interrupción, aunque pocas veces viene señalado por su nombre: Elca». * Recordemos que, viviendo en Madrid, Paco nunca faltó a su cita veraniega con el campo, en el que permanecía hasta el otoño.

Atendiendo a su espíritu y buscando el bien para esta antología, hemos creído conveniente prescindir de los títulos de los libros, pues lo que estamos proponiendo, como ya explicamos, es una lectura unitaria de los poemas más despojados, íntimos y líricos de Brines. Sentimos que tal gusto en la elección de los textos nos presenta, no sólo a un poeta que, siendo el mismo, goza de un nuevo nacimiento en lo más sutil de su palabra, sino también un nuevo y largo libro, pleno de coherencia y nitidez en su moroso desarrollo, que abarca todo el recorrido de su vida. Los poemas, así, figuran por orden cronológico, desde su primer trabajo, *Las brasas*, hasta el último, *Donde muere la muerte*, con excepción de *Materia narrativa inexacta*, una breve *plaque* —integrada por tres largos poemas— cuya entonación queda algo apartada del recorrido de esta selección. El lector interesado puede encontrar los títulos de los libros de los que proceden

* Todas las citas en prosa han sido tomadas de la poética titulada *La certidumbre de la poesía*, que aparece como prólogo a su antología *Selección propia* (Madrid: Cátedra, 1984), un texto imprescindible, por su belleza y claridad, para entender su vivencia de la poesía como una de las más altas manifestaciones del espíritu humano.



los poemas consultando el índice, en el que se especifica a cuál de ellos pertenece cada uno de los aquí antologados. Bajo el título POR UNA CIEGA LEY DEL CORAZÓN presentamos, pues, una amplia muestra de la obra poética de Brines que, por su unidad de tono, creemos que puede leerse como un único canto sostenido. No nos dejará en mal lugar, estamos bien seguros, la excelencia de su poesía.

Hemos querido agrupar los poemas en los que aparece su casa de Elca, así como los que están escritos desde ese enclave natural privilegiado y nos hacen presentes los paisajes de su tierra. Otros se desarrollan en la de Madrid, pues la casa forma parte para Brines de los climas del espíritu. Por lo demás, abriendo por entero la mano en cuanto a la cuestión menor de su localización geográfica, hemos procurado seleccionar los poemas en los que lo sensorial, la delectación ante la naturaleza, pero también ante la misteriosa irradiación de los interiores domésticos, ocupa el primer plano poético. En suma, nuestra intención ha sido la de invitar al lector a entrarse en intimidad con el Brines más lírico, menos conceptual, narrativo o argumentativo. No nos duele decir que, sin desprestigiar en nada sus demás virtudes y extensiones, a día de hoy es esta poesía suya hecha casi con nada, deshojando el libro de horas de la luz, atendiendo al más mínimo detalle del entorno, acordándose con el canto de los pájaros, la que más hondo nos hiere, la que mejor nos llena de salud.



En la órbita del Quevedo mayor —del menos exhibicionista y juguetero— ha escrito Brines una buena cantidad de poemas —en especial en la primera parte de su libro *Insistencias en Luzbel*— que podemos calificar, por hacernos comprender, de frontal y decididamente metafísicos, es decir, aquellos donde la cuestión acerca del sentido final de la realidad aparece desde los primeros versos como objeto único del texto. A menudo, como en el caso del poeta de los sonetos, no es la pregunta, la indagación ontológica, la que está actuando como móvil de la escritura, sino que nos encontramos con la afirmación del fracaso existencial, con esas «presentes sucesiones de difunto» de las que tanto se espantaba Quevedo. Pues bien, desde ahí, desde esas sequedades del alma que se ve pasto del fuego inevitablemente, sus poemas metafísicos ortodoxos no pueden evitar el tono oscuro, profundamente apesadumbrado, trágico en algunas ocasiones. En consecuencia con el asunto que los instiga, los textos pierden contacto con la proximidad del mundo sensorial —que al cabo resulta engañoso al carecer de redención última—, y se tornan más conceptistas, más hijos del pensamiento en crudo, de su frialdad. El Brines que hila fino con la abeja, el pájaro y la nube, se convierte en ellos en un cirujano que blande su bisturí forense sobre el cuerpo difunto de la realidad. No queremos, ni resulta posible, al menos cabalmente, negar sus logros poéticos en el terreno referido y ponderado, únicamente nos gustaría



destacar que la dimensión metafísica de su poesía no se encierra sólo en la explicitud de esos poemas quevedianos, sino que recorre su obra de principio a fin, pues el poeta, puesto en armonía con la belleza de la vida en sus momentos de esplendor, se siente salvado por los trinos de los pájaros, por la pureza de los cielos, por la paz imperturbable de las aguas de la mar. Este valor soteriológico de la naturaleza y los placeres sensuales resulta muy evidente en su obra, dotándola de alas: basta a Ícaro el ascenso, aunque se despeñe. Así, lo que a su pensamiento poético más seco y conceptual se le presenta como engaño y fracaso, como ausencia de verdad y eternidad, queda rescatado en sus poemas más sensoriales, más líricos, más amorosos, como un bien suficiente en sí mismo: el presente innegable de las flores y de los frutos, el pellizco turbador de la carne, la contemplación, en suma, de la belleza dada y aceptada como don. En su vivir de cada día, Paco fue uno de los hijos predilectos de la gratitud, por más que sus elucubraciones poéticas lo sumieran a veces en el desafuero de la falta de sentido universal, sinsentido que también supo cantar, aunque con tintes más sombríos, sin que pueda decirse que prevalece una irresoluble contradicción entre el amante y el reo, entre el más gozoso engaño y el sereno desengaño, parámetros entre los que él mismo sintió desplegarse su vida y su escritura. Hemos procurado centrar esta antología, como ya explicamos, en la parte más luminosa de su



las formas contempladas para entrar en diálogo con ellas y empaparse de su vida interior. Dice el poeta: «En Elca transcurrió lo mejor de mi infancia, pues desde ese lugar me dispuse a contemplar con sosiego y temblor el mundo: el exterior, y el de mi cuerpo y mi espíritu. Para mí ha llegado a simbolizar el espacio del mundo». El paisaje es así para él algo más que colorido y bondad del clima, es el sentimiento profundo de la tierra como carne materna de nuestra carne y polvo de nuestro futuro polvo, una vivencia de unidad en la que interior y exterior convergen por obra del afecto.

Pero nada de esto sería posible sin su don para hacer del castellano un instrumento de suma delicadeza. Aunque acaso pueda parecer lo contrario, ya que no estamos ante un poeta amigo de la exhibición retórica *per se*, sino enemigo confeso de ella, es en lo puramente lingüístico, en el hecho material del canto más despojado e inspirado, donde su poesía alcanza, según nuestro particular punto de vista, más altas cotas de afinación. Nos referimos al mimo con que el poeta dispone cada palabra, cada pausa, cada encabalgamiento y cada estrofa sobre el blanco de la página, de modo que sentimos que aquello no podría haber sido mejor hallado. Pero este esmero con el que Brines trata los versos no peca nunca de puntillismo —que les restaría agilidad y fluidez—, sino que nos los presenta vestidos —podríamos decir— con las prendas de andar por casa. Y nos encontramos